

EL MISTERIO DE LA LITURGIA: Cristo-resucitado, luz que pone en fuga a la oscuridad y a la Muerte.

Por fr Héctor Muñoz op

El misterio de la Liturgia consistirá en descubrir cómo la vida íntima de Dios puede ser traducida en un lenguaje y en signos y gestos humanos, para poder celebrarlos.

Por lo tanto, en dicho misterio Dios y su vida y el hombre y sus gestos, aportan datos que no pueden dejar de estar presentes. Querer manifestar a Dios sin la realidad sacramental y mediadora de su Hijo hecho hombre, muerto y resucitado, Luz de todos los pueblos, es una aventura imposible. Del mismo modo, en la liturgia, los signos humanos son el vehículo necesario para que Dios hable y obre en el hoy-y-aquí de nuestra Historia. Dios sin el hombre aparecería como sujeto de una historia angelical, sin 'carne'. El hombre sin Dios, una posible base antropológica de conductas humanas que pretenderían interpretar, sin lograrlo, las intervenciones de Dios en medio de su pueblo.

Comencemos por el comienzo...

Cuando Dios eligió a un hombre para forjar a partir de él un pueblo, no puso sus ojos en Thomas Stewart, de New York City, sino en Abraham, de otro continente, de otro pueblo y otra cultura, porque la historia de la salvación es eso: la redención que se va desarrollando en el curso de una Historia: historia con marchas y contramarchas, fidelidad y traición, hombres buenos y malos, situaciones adversas y favorables.

El paso del mar Rojo fue allí, y no en el Caribe ni realizado por el pueblo de Cuba o de Jamaica.

La Historia se despliega en hombres singulares, tiempos concretos y acciones particulares hechas por tal pueblo y tales personas. En el último caso citado, neurálgico en el tema 'salvación', el pueblo de Israel, cautivo durante cuatro siglos en Egipto, conducido -entre otros- por Moisés, Aarón y Josué, fue quien vivió esta aventura pascual que lo marcó para siempre. Fueron los hijos de ese pueblo, y no otros. La providencia de Dios reclama un campo singular en el que ella se despliega y manifiesta.

La liturgia no celebra ideas sino historias, y toda historia se sitúa en un tiempo y en un lugar, con personajes que van conduciendo sus hilos, hilos de diversos colores y textura que sólo cuando están trabados unos con los otros, nos hacen ver el dibujo o la idea que ellos quieren hacer visibles y comprensibles. Un hilo solo nada significa. Dos, es posible que tampoco, Tres o más van gestando un hecho y una interpretación del mismo. Todos ellos me darán a conocer qué pretendió hacer el autor con el material que va trabando y ordenando.

Algo semejante sucede con la liturgia cuando quiere hacer presente y traducir algunos rasgos de la Historia de la salvación, convirtiéndola en memorial.

El sujeto de la liturgia es Cristo, unido a su Iglesia. Ella es quien celebra su vida, vida que, de algún modo comenzó con la creación de nuestros primeros padres y encuentra un clímax excluyente con la irrupción en nuestro mundo, del Hijo de Dios hecho hombre, en todo como nosotros menos en el pecado, realidad anómala que tampoco compete a nuestra humanidad. Cuando la Iglesia celebra una acción litúrgica, dicha acción es toda ella obra del Señor y del hombre, cada uno aportando lo que le compete.

Sabemos que por la liturgia se ejerce la obra de nuestra redención y contribuye a que los fieles expresen en sus vidas y manifiesten a los demás la verdadera naturaleza de la Iglesia (cf SC 2).

'Expresar' es 'hacer visible'. Hacer visible en la propia vida la naturaleza de la Iglesia es permitir que ella se refleje en mí, no opacando sus significados. Es hacer visible el bautismo que me ha injertado en Cristo como una rama se hace una con el tronco.

Cristo es la luz de las naciones, pero al primero que esa luz iluminó de modo especial fue a Abraham, dando así comienzo a un proyecto: que todos los hombres salieran de la oscuridad a la luz, de la ceguera al sol brillante, prefigurando así, con un lenguaje de signos y en diversos tiempos, la Iluminación bautismal que nos configura con Cristo-Luz.

El último Concilio nos dice que, reunido en el Espíritu Santo, *desea iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda creatura (cf Mc 16,15), con la claridad de Cristo (LG 1) , que resplandece sobre la faz de la Iglesia'*. Iluminar... Claridad... Resplandecer...

De estos términos surgirá la definición que Jesús hace de sí mismo: *'Yo soy la luz del mundo (Jn 8,12) y, para alegría nuestra, amplía el campo diciéndonos: Ustedes son la luz del mundo (Mt 5,14). El anciano Simeón, con ocasión de la presentación del Niño Jesús en el Templo dirá de él que es luz para iluminar a las naciones paganas (Lc 2,32). Juan, en el Prólogo a su Evangelio afirmará de Cristo, como Verbo de Dios, que la Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre (Jn 1,9).*

La Revelación nos exigirá ciertas conductas para ingresar en la categoría de 'hijos de la luz': *Ustedes no viven en las tinieblas (...) Todos ustedes son hijos de la luz, hijos del día. Nosotros no pertenecemos a la noche ni a las tinieblas (1 Tes 5,5). Antes, ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz. El fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad (Ef5,8-9). El que ama a su hermano permanece en la luz (1 Jn 2,10).*

Todo eso es 'vida bautismal'. De aquí que no sea extraño que el primer nombre que recibió el bautismo fue 'Iluminación'. Los bautizados eran los que habían pasado de las tinieblas del pecado a la luz admirable de Cristo-Resucitado. Esto lo vemos manifestada con radiante claridad en la celebración de la Vigilia pascual. El templo está a oscuras porque Jesús está muerto. Apenas vuelve a la vida dejando vacío su sepulcro se encienden las luces y la alabanza a Cristo-Luz en el pregón pascual, es un canto a Cristo vivo que se escapó de las garras de la Muerte, quedando derrotada en el signo de una tumba vacía.

000